

EXCLUSIVA

SAIGON

**DESPUES
DE LA
BATALLA**





La iniciación de la vida normal sólo es aparente. Las muchachas que surcan el vestíbulo del hotel Continental dispuestas a «confraternizar» no son sino un falso indicio. Los cadáveres continúan amontonados en las calles, y los propios miembros de la policía militar echan una cabezada en cualquier esquina.

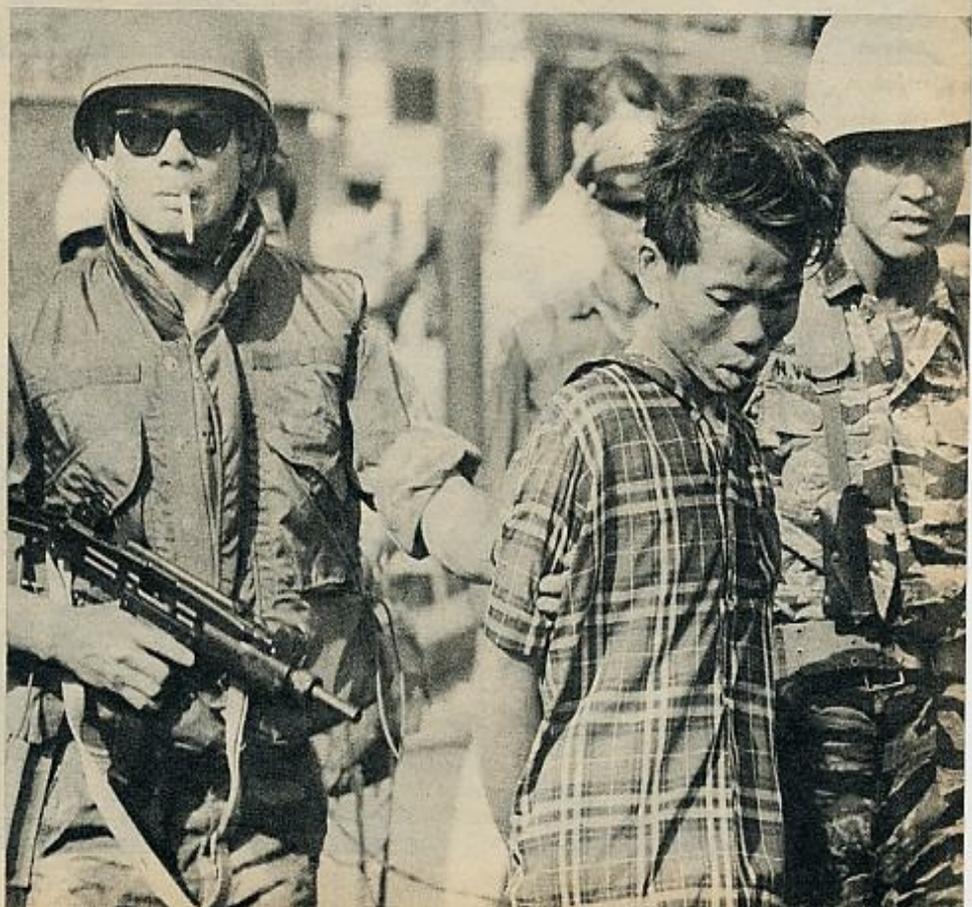


UNA batalla ha terminado. Otra puede comenzar en cualquier momento. La desigualdad de los medios de que dispone uno y otro bando combatiente no entra en juego a la hora de contar los estragos. Saigón, campo de batalla, es al mismo tiempo Saigón, campo de ruinas. Los cadáveres se amontonan en las calles, con la consiguiente amenaza de peste o de otras enfermedades contagiosas, cólera o fiebres tifoideas, por ejemplo. Se ha emprendido una intensa campaña de vacunación en más de cien centros de refugiados. Porque éste es otro de los problemas con que se encuentra la capital de Vietnam del Sur. A ella han llegado, desde el comienzo de la ofensiva, más de trescientas mil personas, procedentes de las diferentes regiones del país, entre ellas más de ciento veinticinco mil de la propia provincia de Saigón. El albergue de estas personas constituye una de las máximas preocupaciones del momento. Y, mientras tanto, la vida empieza a renacer. Al menos en sus manifestaciones más superficiales. Así, el hotel Continental vuelve a difundir música suave, y en su vestíbulo las camareras camboyanas esperan, fuera de sus horas de trabajo, que recomience la «confraternización»...



El general Westmoreland sigue firme en su puesto, con el apoyo expreso del Presidente Johnson, que ha accedido al envío de un nuevo contingente de tropas. Y mientras tanto, en las calles de Saigón, la «caza del sospechoso» continúa...





L OS muertos no se cuentan. Su rescate supone, antes que una operación humanitaria, una necesidad sanitaria. Y también un peligro para las tropas gubernamentales, ya que, con frecuencia, lo que se creía un cadáver es un guerrillero que se finge tal y que lleva bajo el brazo, debidamente oculto, un explosivo que hará estallar, con desprecio de su propia vida, en el momento en que lleguen a él las brigadas de salvamento. La «caza del sospechoso» se practica sin descanso. Si en la época de la conquista del Oeste americano se convirtió en un código «oficial» que «no hay más indio bueno que el indio muerto», en la actualidad vietnamita el aserto se ha sustituido por el de que «cualquier» vietnamita vivo es un «vietcong en potencia». En revancha, y ante la oleada de terror desencadenada, cualquier blanco es para los habitantes de Saigón un americano, un «cow-boy», como les llaman. Ya no se hacen distinciones, y el recelo ante cualquiera es el mismo. Mientras tanto, el general Westmoreland sigue en su puesto, cada día más firme, y el Presidente Johnson ha decidido, para apoyarle y mostrar su solidaridad, enviar un nuevo contingente, que en principio se había negado a autorizar...



El fuego ha arrasado gran parte de la ciudad. Las gentes sin hogar viven en la calle. Los refugiados se suman a los habitantes fijos de la ciudad en la lucha por conseguir cobijo. Los establecimientos públicos o están destruidos o no dan abasto para atender a quienes quieren comer lo que sea y a cualquier precio. Las provisiones faltan. Encontrar algo que comer fuera de los campos de reagrupamiento es casi imposible. La vida, que pretende normalizarse, lo logra sólo a duras penas y durante las pocas horas que median entre el cese del toque de queda y mediodía. En estos momentos se mezcla trágicamente el simulacro de normalidad, e incluso en ocasiones de alegría, y la realidad del desfile de los camiones cargados de cadáveres. Todos saben que en cada esquina puede estar presente un miembro del F. N. L., que en cada minuto puede de nuevo producirse la violencia más cruel. La tensión no cesa. Y si los vietnamitas consiguen conservar en todo instante una apariencia de dignidad, no ocurre lo mismo con los americanos, que tienen los rasgos rígidos, la barba de varios días, y aparecen nerviosos, dispuestos a disparar al menor signo de alarma...

SAIGON



El fuego ha destruido gran parte de la ciudad. Encontrar provisiones se hace difícil, teniendo en cuenta que a los sin hogar se suman más de trescientos mil refugiados llegados de otras regiones. La vida sólo bulle entre las pocas horas que median entre el cese del toque de queda y el mediodía.